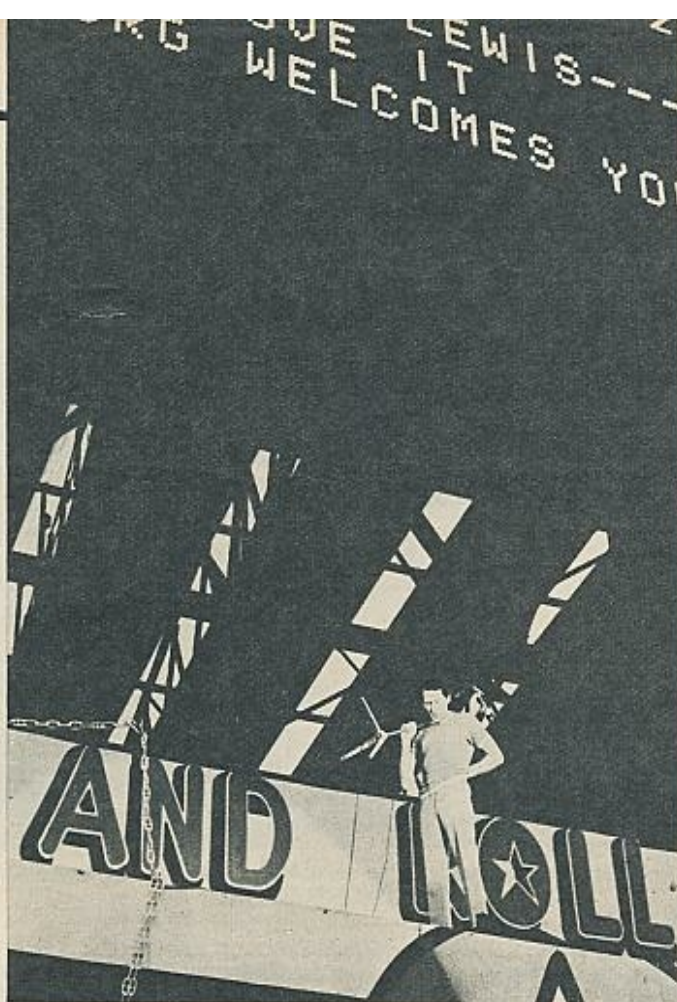


LOS gigantes de la música «Rock'n'Roll», de hecho los creadores de ella, Little Richard, Chuck Berry, Jerry Lee Lewis, Bill Haley y Bo Diddley, iban a reunirse en un festival-maratón de diez horas de música continuada en el gigantesco estadio de Wembley, Londres, el 5 de agosto. La ocasión era insólita en la historia de la música popular inglesa. Nunca estrellas de semejante categoría, cuyo prestigio mantenido a través de veinte años por millones de «fans» de tres generaciones diferentes, se iban a reunir para tocar en un mismo concierto. Del mismo modo, jamás el estadio de Wembley, acostumbrado escenario de Copas Mundiales e incluso la Olimpiada Mundial del año 48, había sido utilizado para un festival «pop». Esto justifica la invasión de «rockers» y «teddy-boys», venidos a Londres en motos y autobuses desde todos los «fans-club» del país; cita fiel con sus legendarios héroes, en lo que había de ser un extremado ejercicio en nostalgia, más que lo que los promotores pomposamente anunciaban como el «Rock'n'Roll show» de la década.

¿Nostalgia o «rock»?

Es triste que lo que pudo ser el concierto del año quedase reducido a un placentero y bastante pacífico festival de verano. Los 56.000 «fans» que pudieron pagar



El festival tenía todos los elementos para un éxito: grandes estrellas, numeroso público, formidable organización. En la foto, Jerry Lee Lewis.

dos los pilares necesarios para el éxito de un «show» de esta envergadura: grandes estrellas, gran público y gran organización. Lo último, desafortunadamente, gozó de pocas simpatías.

Los organizadores, relativamente conocidos, responsables de famosos festivales en la isla de Wight, negociantes nuevos, pero rápidos y eficaces, han declarado que aun contando con la supuesta ganancia de 15.000 libras en limpio —sin contar derechos de films y fotos realizadas—, las dificultades y argumentos con las autoridades del estadio, amenazando con parar el «show» dos veces, junto con los varios incidentes y violencias ocurridas entre ambos, público y artistas, no dejaban lugar a dudas sobre la total imposibilidad de repetir el concierto en el futuro, al menos no en el estadio de Wembley.

La organización y el local elegido resultaron inapropiados para el acontecimiento. Las distancias enormes del estado y la incapacidad del sistema de sonido para atravesarlas privaron a ambos, artistas y público, comunicarse plenamente a veces, resultando los defectos más agigantados y empobreciendo lo que representaba mayor calidad: la música. El tratamiento que la audiencia recibió en cuanto a facilidades era un gran problema, teniendo en cuenta la clase de público y la cantidad. Pero esto era de esperar cuando

«THE LONDON ROCK'N'ROLL SHOW»

por escuchar y aplaudir a sus héroes —tickets— entre una y tres libras— llegaron decididos a bailar y gozar de un día en compañía de leyendas. Todos, desde el último «teddy-boy» o «hippy» hasta el «darling» de todos ellos, Mick Jagger, invitado especial filmando el «show». Esta vez era claro que realmente se podía homenajear a figuras con reputación de semi-dioses. L. Richard, Diddley y, sobre todo, Chuck Berry, han alimentado entre ellos, con su increíble técnica musical y con alrededor de veinte composiciones clásicas —Tutti frutti, «Long tall Sally», «Roll over Beethoven», «Oh Carol»—, prácticamente toda la música blanca de «Rock'n'Roll», desde la avalancha del movimiento a mediados de los años 50. Y si bien la fama y los millones de dólares en venta de discos fueron atribuidos a cantantes blancos, haciendo versiones blanqueadas de su música para el gran mercado —Elvis, Stones—, está claro que los pioneros son los músicos basados en Chicago y desarrollando las técnicas del «Chicago blues». No sólo pioneros, M. Waters, L. Richard, Diddley y, especialmente, Chuck Berry, son los padres y aun los más auténticos representantes de todo «Rock'n'Roll», desde Presley hasta T. Rex, incluyendo Beatles, R. Stones, James Brown, etcétera.

El Festival, sin embargo, dio satisfacción a algunos y defraudó a bastantes. Se creyó contar con to-



Cincuenta y seis mil «fans»...

«rockers», «teddy-boys» y «hippies» se reúnen amigablemente a escuchar a sus ídolos. Siempre ocurre. Y además, una organización más dura sólo hubiese provocado más violencia. El mismo problema existía en la tarea inmensa de reunir en un mismo espectáculo cinco grandes figuras, mitos de la música moderna en sí mismos. Choques y rencillas eran de esperar: Jerry Lee Lewis llegó tarde y un poco borracho, haciéndose esperar y tratando de alargar su número robándole tiempo a los demás; Little Richard alargó tanto el suyo, tratando de hacer todo el tiempo posible, dejando a Berry casi sin ninguno, ya que el estadio debía cerrar a las 22,30 horas, que se hundió a sí mismo, agotándose en un intento suicida de tocar a sus «fans». En realidad, absolutamente todos intentaron superar a los demás y brillar como lo que son, luminarias, y si todo tuvo muy poco de «reunión», lo que está fuera de dudas es lo siguiente: la música no decepcionó a nadie.

Durante las primeras horas del día, grupos ingleses lucharon por ganarse una audiencia sedienta por los grandes americanos; luchando a base de disciplina, pero consiguiéndolo en muy pocas ocasiones. Lord Sutch, un extravagante grupo inglés, basado en sensacionalismos de escena, tan generalmente atribuidos a la música «rock», inició el primer escándalo cuando una de las «go-gó girls» que les acompa-

ñaban en escena hizo un «strip-tease» casi total. Los «teddy-boys», vestidos con las ya clásicas chaquetas largas con terciopelo en el cuello, pantalón tubo y zapatos de «crêpe» y ante, se alborotaron inmediatamente alrededor del escenario, invadiendo la zona de fotógrafos, y allí se quedarían por todo el concierto, sin autoridad que los echara. La autoridad tuvo que tomar parte amenazando con cancelar el espectáculo, y el atrevido número de Lord Sutch terminó aquí.

Bo Diddley

Hasta el momento en que apareció Bo Diddley, casi toda la música tocada parecía trabajo de hombres hecho por niños. Pero el «papá» Diddley sólo se tomó el trabajo de ejercitar un poco su famosa guitarra rectangular para poner a toda la audiencia en forma. Su actuación fue maestra, y tan relajada y profesional, que parecía estar tocando en un pequeño club de Chicago. Junto con su grupo y una deliciosa compañera, Kookie, pasaron por una media docena de clásicos de su repertorio —«I'm a man», «Shut up woman», «Road Runner»—, que hicieron subir inmediatamente la temperatura del concierto, culminando con «Mona» —popular en el mundo por el primer álbum de los Rolling Stones—, y entonces ya estaba todo el mundo en pie bailando y aplaudiendo feliz.

Jerry Lee Lewis

Después de casi una hora de espera, en la mejor tradición «rock», apareció J. L. Lewis, mito si los hay, cuya carrera fue oscurecida por una severa sentencia, al igual que Berry, pero que en Inglaterra cuenta con legiones de admiradores e imitadores, como T. Steele y Billy Fury. Su actuación contó con un dominio total de la audiencia, desarrollando con más panache que estilo todo su increíblemente popular repertorio, terminando subido con su micrófono al ya histórico piano, repitiendo los coros de «Whole Lotta Shakin'». Millonario gracias a sus «hits» «Balls of Fire» y «Good Golly miss Molly», Jerry Lee Lewis ofreció una actuación deliciosamente profesional, sin caer del empuje y «boogie» del clásico «rock» blanco.

Bill Haley and his Comets

Para muchos fue una sorpresa el que Bill Haley and his Comets —más veterano que nadie— tocaran y sonaran tan bien. Sin embargo, el milagro del «Rock'n'Roll» tuvo su principio popular en Haley, no en Elvis, como muchos creen, y él fue el primero en vender millones de copias del ya histórico «Rock around the Clock», primera antena mundial del movimiento. Su actuación fue simple, sin complicaciones o intentos de renovación, consiguiendo, no obstante, una inmediata réplica de sus miles de «fans» y dando a todo el mundo una versión blanda, quizá, pero no menos feliz y representativa del



Little Richard, criatura de Dios, el rey del «Rock'n'Roll».



Chuck Berry. Fue una de sus grandes actuaciones.

género. Muy discretamente, B. Haley hizo su actuación corta, al contrario de otros, y se limitó al más clásico «rock» tocado en el concierto, y terminó, naturalmente, con un doble «encore» de «Rock around the Clock», que deleitó y dejó satisfechos a los más puristas.

Little Richard

«Little Richard es el rey, Little Richard es el rey», apareció en escena, diciendo de él mismo, a la vez que atacaba su piano, gritando los primeros coros de «Lucille». Little Richard, creador de «Tutti frutti», «Long tall Sally», «Keep on Knocking», pianista, cantante, monje y maestro de casi todos, tuvo una desastrosa actuación en Wembley, pero las razones del «desentendido», son más complejas de lo que parece imposible de explicar en un corto reportaje. Little Richard estuvo al borde del abismo el sábado pasado, por entregarse y pedir entrega total de su público. Pero éste no fue el solo culpable. Habrá que esperar a otra ocasión más afortunada para él, y entonces decidir si Little Richard, «child of God», es todavía el rey del «Rock'n'Roll».

Chuck Berry

Berry cerró, por fin, el festival, y con razón. Con una actuación, además, impresionante, que dejó a todos atónitos, superando y ensombreciendo a sus compañeros-rivales. Berry escribió la mejor docena de canciones «rock» durante los 50's, que desde entonces, cantadas por todo grupo «rock» que se precie, se han convertido en clásicas antenas de la época. El fue el primer importante letrista de «rock», trayendo a las dulzonas composiciones americanas ironía e ingenio, hasta entonces bastante ausentes en el American Dream. Pero, al contrario de algunos de sus contemporáneos, Berry no es una pieza de museo; desde 1955 ha desarrollado hasta tal punto su técnica de guitarrista, que durante la interpretación de sus viejos «hits» —«Sweet Little Sixteen», «Rock and roll music», «Oh Carol», «Roll over Beethoven», «Come on», etcétera— está capacitado a través de veinte años de práctica en escena a cambiar de guitarra rítmica a guitarra de punteo, para volver a la guitarra rítmica otra vez. Extendiendo de esta forma sus antiguas canciones, con nuevos solos de guitarra, añadiendo imaginación y sabiduría nueva a su «show» actual. Famoso y en gran forma por dos décadas; sin embargo, su importancia no ha sido totalmente apreciada, debido en parte a una condena en prisión al principio de su carrera, combinado, uno piensa, con la fama adquirida por los R. Stones grabando sus discos y utilizando su técnica. Esto particularmente le ha restado importancia como compositor. Ahora, a los cuarenta y dos años, Berry está tocando como nunca: un gran músico y un gran «showman», demasiado bueno para ser apollillado en las arcas del «Rock'n'Roll».

■ CELESTINO CORONADO. Fotos: MARIO PACHECO.